
Abuelo

MANUEL HIDALGO

EL MUNDO, MARTES 14 DE JULIO DE 1998
ESPAÑA

El joven Rey va a ser abuelo. El tiempo vuela, y con él volamos nosotros hacia la meta final. Lo importante, al fin, es volar, planear sobre la vida y sus accidentes, poder evitar los picachos y los remolinos vertiginosos, llegar enteros a la última loma, plegar las alas, acomodar la cabeza en posición de descanso y poder sumirnos lentamente en el último sueño, parpadeando ante la vista del valle que dejamos atrás, que conocerá nuevas primaveras y nuevos inviernos, indiferente a nuestra ausencia. No hay otra.

El joven Rey, la joven democracia, los jóvenes socialistas. Así les/nos fueron llamando hace más de veinte, hace más de quince años, sobre todo en la prensa extranjera. Y, ahora, abuelos. Sin bastón y sin luto, pero abuelos, con alguna averías en el mecanismo y, como dice una amiga mía, ya fuera del plazo de garantía. Los personajes célebres, es inevitable, marcan el calendario de quienes no somos nada. Somos jóvenes con ellos y somos viejos con ellos. Tendemos a pasar por alto nuestro propio envejecimiento, tendemos a hacer la vista gorda del paso del tiempo por nosotros, pero cuando el célebre que fue joven con nosotros nos aporta impepinablemente el dato de un cambio de hora, de un atardecer, ya no podemos disimular más. Entonces sabemos que vamos en la misma barca y que la travesía está más que mediada. Y el Rey de España, qué duda cabe, es una referencia. Embutido en aquel uniforme que le apretaba el alma en las Cortes, en los días de noviembre de 1975, tieso de figura como acostumbre, tenso por las circunstancias, pero con la cara cruda que le daban los Borbones y la piel sin curtir, nos ha madurado, ha macerado en las cubas del trono, de la responsabilidad y de la vida, rubio encanecido por dentro, hasta hacerse abuelo. Abuelito. Joé. Y aquella compañía de niños rubios como el oro, sus hijos, ha crecido y crecido, y una infanta ya es mamá, y la otra estará a menos cuarto, y el otro... El otro va a su bola, pero cualquier día nos pega el susto, un empujón hacia delante que a todos nos arrastrará.

Tengo cuarenta y pocos y, como dicen algunos en los anuncios de contactos, soy un chico. Un chico de cuarenta y pocos. Cuando mi padre cumplió cuarenta años, y yo tenía seis, más o menos, que todavía le recuerdo en aquel día, me parecía, aun recién afeitado, un señor mayor. Y ahora somos jóvenes hasta que, de repente, somos abuelos. Manda huevos. Estoy lejos de ser abuelo, pero ya tengo amigas y amigos de la universidad, de esos que se casaban nada más acabar la carrera y cumplir, ellos, con la milicia, que lo son. La cosa no tiene ninguna gracia, ya que sus nietos, por simpatía inevitable, son mis nietos. No hay derecho, deberían haberse tomado la vida con menos ganas de quemar etapas, para no envejecernos, por contagio, a los demás. El Rey va a ser abuelo, los Reyes van a ser abuelos en estos días, y la joven democracia española le salen canas en el corazón cuando todavía parecía que la fiesta empezó ayer y que veinte años no son nada. Pues sí son.

Manuel Hidalgo

